

16 DE JUNIO DE 1879.

Madrid.

El Padre Eterno quiso que la fiesta del Corpus estuviese en carácter y colgó del cielo, en aquel día, el primer sol de verano.

Y hubo lo de siempre... ¿A qué repetirlo? La misma procesion, las mismas gentes en los balcones, las mismas mujeres hermosas en las calles, las mismas mantillas y peinetas; los curiosos de otros años, las aperturas de otro tiempo, el descubrirse y arrodillarse ante Dios, como es de religion en este caso; y otros ramos y otras flores adornando el piso y cayendo sobre la multitud y las andas... Todo muy animado, muy alegre, muy bonito; parecía que un sol de tanta magnificencia solo podía iluminar pueblos felices!

Y lo es, en efecto, el pueblo madrileño. El no necesita para vivir sino un cutrichil, con una cama y una silla; un hongo, un puro, un par de pesetas, y mucho sol... y cuando el sol ya superabunda, un poquito de sombra.

Y así, de credencial en credencial, de cesantía en cesantía, y de procesion en procesion... la vida, sin sentir, se va pasando.

Este asunto me lleva naturalmente a la conferencia dada por el obispo auxiliar de Madrid sobre la santificación de los días festivos.

Todas las opiniones elogian la peroracion del señor obispo... Habló como sacerdote, habló como filósofo, habló como moralista, habló, en fin, como hombre del siglo.

El pueblo cree que santifica el domingo con ir a misa, y el resto del día lo emplea de tal modo, que fuera mejor emplearle en el trabajo.

Los cortesanos distinguidos son los primeros que dan funesto ejemplo.

Para ellos, santificar el domingo, es salir a pasear la Carrera de San Jerónimo a la hora en que las mujeres salen muy frescas y pomposas a recorrer las tiendas; aún grabados en los rostros las fantasías de sus sueños. Todo se les vuelve dar vueltas, mirar los escaparates, requebrar a las hermosas, hasta que al fin y al cabo dan con sus acicaladísimas personas en el pórtico de alguna iglesia.

Si entran... es peor... Porque recostados en algún pilar, entre la sombra, dirigen a una bella la mirada codiciosa de Fausto...

Luego salen, y si tienen hogar donde haya lumbre, en el almuerzo; si no, entran en el restaurant, para salir de allí bulliciosamente y esperar delante del café Suizo la hora de los toros.

Y cuando la calle de Alcalá ha sido invadida por la multitud, y pasan con horrendo estrépito ómnibus y coches, a modo de un huracán infernal, ellos se dirigen también alborotadamente al grandioso circo español a recrearse en las escenas de un matadero, y acaso con la agonía de un hombre.

Después a la fonda, y al teatro después. La religion, la filosofía y la moral, ¿pueden llamar a esto santificar el domingo?

El señor obispo ha excitado al comercio de Madrid a que cierre sus tiendas.

La clase del comercio es la mas religiosa de de todas tal vez.

Pero es tambien la que mas utilidad reporta en el trabajo del domingo.

Acaso si el señor obispo hubiese podido dirigirse a las madrileñas, hubiese encontrado eloquentes palabras que añadir a su discurso.

Porque esas lindas madrugadoras de los domingos son las que impiden cerrar las tiendas.

Todo lo dejan ellas para el día del descanso: el corte de vestido; el pedazo de tela; la vara de cinta; la caja de alfileres; el paquete de agujas; el velo; el encaje... ¡Todo lo que han debido comprar durante la semana!

Entran en la tienda y piden, miran, remiran, dejan, toman, ajustan, salen, vuelven, y entre revolver y registrar se les van las horas.

¡Oh vanidad, mujer hay que por una vara de encaje de Bruselas da la inmensidad del Paraíso!

Digna santificación de las fiestas ¿quién lo duda? es consagrarlas a recepciones académicas.

Por lo cual debe elogiarse la de D. Fernando Cos-Gayon en la de ciencias morales, sociales y políticas.

La ciencia penal y los sistemas penitenciarios han sido el tema de su discurso.

Debe reconocerse que si bien respecto a criminales España puede competir con la nación mas favorecida, no lo es así con respecto a establecimientos penitenciarios.

Tenemos cárceles y presidios, que serían intolerables si no hubiera el fácil recurso de fugarse de ellos.

En estos establecimientos, toda probabilidad de regeneracion moral parece cuidadosamente negada al delincuente. Jamás se ha ocupado la prensa en España de una conversion al bien... No hay memoria. Solo se ocupa, y muy frecuentemente, de entierros, de robos, allí fraguados, y desde allí, con admirable persistencia y habilidad, seguidos; de riñas entre barateros; de muertes, dadas y recibidas navaja en mano. Porque la navaja es el palillo de dientes que usan los presidiarios españoles.

No tenemos buenos establecimientos penitenciarios, por lo cual nos vemos en precision de matar a los criminales... Si los tuviéramos, podríamos corregirlos y no necesitaríamos matarlos.

El Sr. Alonso Martínez, que contestó el discurso del Sr. Cos-Gayon, resumió su trabajo diciendo que abrir escuelas es cerrar cárceles.

Un señor alto, seco, endeble y apegaminado estaba junto a mí.

Le vi, le miré, le conocí y callé.

Era el héroe de la civilizacion, cuyo elogio está hoy de moda. Era un maestro de escuela.

—Si tanto valemos—exclamó en tono que

hermanaba la dignidad y el sentimiento—¿por qué nos dejan morir de hambre?

Me queda muy poco espacio y debo dar cuenta de la inauguracion de las funciones del Retiro.

Ninguna novedad.

Parece que no ha pasado el tiempo y que la víspera habíamos estado allí.

Esta víspera ha sido, sin embargo, un año.

Cada uno ha buscado el farol ó el árbol en torno del cual se sentaba con sus amigos.

El árbol ó el farol allí estaban.

Los amigos... ¿Hay amigos que duren un año?

En lunático.

Los héroes de la civilizacion,

por D. José Antonio Rebolledo.

La importante obra de que se trata en el presente artículo no tiene por único objeto relatar la historia de los héroes del trabajo; su mision es mas grande, pues se propone demostrar, y lo hace con notable acierto, que las proezas de los guerreros, que sus batallas, sus conquistas, lejos de servir para el bien de los pueblos y para hacer avanzar al hombre, solo han proporcionado males, no solo a las naciones contra las cuales dirigian sus vencedoras espadas, sino a aquellas que cubrian con el manto su gloria militar.

El Sr. de Rebolledo escoge, en los últimos cinco siglos de nuestra era, otros tantos héroes del trabajo, y los compara con otros tantos héroes de la fuerza que les fueron contemporáneos.

Los primeros eran humildes hijos del pueblo, todos sumidos en la miseria desde su infancia; los segundos, por el contrario, ó estaban sentados bajo el dosel de los reyes, ó colocados al pie de sus tronos.

¿Qué hicieron los primeros? ¿Qué fundaron los segundos? Vamos a verlo sucintamente, tomándolo de la citada obra.

Mahamet II.—Gutenberg.

Mediaba el siglo xv; el imperio griego, aunque en el último grado de decadencia, arrastraba todavía su triste y degradada existencia; de repente se alza ante su vista un guerrero formidable, un héroe de la fuerza, Mahamet II, que lanzándose sobre Constantinopla seguido de 300.000 soldados, arroja cuanto se le pone por delante y funda al Oriente de Europa un poderoso imperio de carácter puramente militar, a cuyo sólo nombre temblaban las demás naciones.

¿Qué sacó la civilizacion de tan brillantes conquistas, de tan grandes batallas, de tanta sangre derramada, no sólo en la guerra, si no en los múltiples asesinatos que cometió este guerrero para asentar su poder y para que se perpetuara en sus sucesores? Nada, absolutamente nada. De aquel formidable imperio que hollaba con sus plantas las naciones, sólo quedan hoy alrededor de Constantinopla insignificantes restos prontos a atravesar el mar de Mármara para volver al sitio de donde nunca debieron salir.

En cambio contemplad a Gutenberg, olvidado de todo el mundo en un rincón de Maguncia, pero haciendo el descubrimiento mas grande que reconocen los siglos; la imprenta. Por medio de ella se facilita la trasmision del pensamiento, se abaratan los libros, hasta dejar de ser, como hasta entonces eran, patrimonio de la riqueza, y la civilizacion se pone al alcance de todo el mundo.

Gonzalo de Córdoba.—Cristóbal Colon.

Terminaba el siglo xv; los Reyes Católicos penetraban por las puertas de Granada, último baluarte en España de la gente mora, y entre su comitiva se observaban dos hombres; joven el uno, viejo el otro. El primero cubierto ya con la sangrienta aureola del triunfo en los combates; el segundo, tendido por loco y visionario por el pueblo. Ambos estaban destinados por Dios, para dar a los reyes de España nuevos territorios en que mandar, el uno por medio de la fuerza y de la ciencia el otro, ¡Eran Gonzalo de Córdoba y Cristóbal Colon! Pero cuan distintos resultados dieron para la humanidad las proezas del uno y del otro!

Vence el Gran Capitán en la Calabria, toma Atella, se apodera de Gaeta, Ventosa, Tarento, etc., y coloca con su vencedora espada la corona de Nápoles sobre las sienes de D. Fernando. ¡Infútiles proezas! Pues pocos años después desbizo su obra, arrojó del trono a D. Federico y colocó en él a D. Fernando el Católico. Fueron decisivas estas brillantes victorias? De ningún modo; la dominacion del territorio adquirido costó a España dos siglos de sangrientas é interminables guerras.

¿Qué ventajas encontró España con estas conquistas? Ninguna. Criar constantemente un plantel de aventureros, que sedientos de fortuna; la buscaban en Italia por medio de la guerra, en lugar de hacerla por el trabajo, y agotar los recursos de la nación, hasta el punto de caer esta en el mayor grado de envilecimiento y postracion al fin del siglo xvi. ¿Qué dejamos de noble y civilizador en Nápoles durante nuestra dominacion? Nada mas que el odio a sus conquistadores.

Por el contrario, contemplad al pobre viejo, que con tres miserables barcos sale del puerto de Palos y se lanza, guiado por la ciencia, sobre un mar desconocido, y hace surgir de las embravecidas olas un nuevo mundo, lleno de maravillas y de tesoros sin fin. ¿Cuánto no tiene que agradecer la humanidad a Colon, que hace entrar en el concierto de las naciones civilizadas a numerosos pueblos que permanecían ignorados de todos?

Galileo.—Felipe II.

Si grandes fueron los héroes del trabajo durante los siglos xv y xvi, no lo son menos los que brillaron en el xvii. Si Cristóbal Colon dejó trazado sobre las oscilantes aguas del Océano

el camino que conduce a América, Galileo abrió al través de los cielos, por medio de su anteojo, el que lleva al espacio infinito; presentando a los atónitos ojos de la humanidad millares de mundos que ruedan en el universo.

Veamos ahora el reverso de la medalla. En otra península, hermana de la italiana por su clima y por la hermosura de su cielo, reinaba un héroe, si no de la guerra, por lo menos de la fuerza y de la opresion. Se llamaba Felipe II.

Este rey, en su loco orgullo, creyó que podía ahogar una idea por medio de la fuerza.

Uno y otro año luchó Felipe II para conseguir su triste objeto, con toda la energía que le prestaba su duro é indomito carácter; pero en vano, no pudo conseguirlo.

Antes de terminar su reinado tuvo que darse por vencido, abdicando la corona de España en su hijo, y vió, tal vez con el dolor de la impotencia en el corazón, avanzar con mas fuerza que nunca la causa que deseaba aniquilar.

¿Cuál fué el fruto de tan lamentable sistema? Triste es decirlo: el desmembramiento de la patria; la pobreza del Erario, resultado de las guerras; el envilecimiento y atraso de la nación, cuyos lamentables resultados no tardaron en verse en los reinados sucesivos.

Tal vez dirán algunos al leer estos renglones, traslado fiel del libro del señor de Rebolledo, que este reinado dió inmensa gloria a España. ¡Terrible idea la de suponer que una nación no es grande mas que por la guerra! Y después de todo, ¿qué resultados civilizados dieron las proezas de sus generales? Ninguno. Después de la batalla de Lepanto, el turco continuó, como antes, robando, incendiando y apoderándose de las costas del Mediterráneo. Portugal se escapó de las manos de sus descendientes, algún tiempo después de su muerte, siendo tal el odio que en aquella nación inspira su nombre, que han borrado el de Felipe del catálogo de sus reyes. La invencible escuadra fué deshecha entre una borrasca y el almirante inglés.

¿Qué queda, pues, de tantas glorias? ¿San Quintín? Espanto causa pensar en una pobre ciudad tomada por asalto, y en donde fueron pasados a cuchillo multitud de hombres, mujeres y niños por una soldadesca desenfrenada.

Y los grandiosos edificios, dirán otros, levantados por este rey! ¡Vano empeño! Delante del monasterio del Escorial sólo se vé el inmenso génio de un arquitecto y los caudales de un pueblo gastados inútilmente.

Carlos XII.—Franklin.

Dejemos correr el tiempo y vengamos al siglo xviii: éste vió aparecer otro héroe de la fuerza; pero éste no salió de los ardientes climas, como los anteriores, sino del nevado país de Suecia. Se llamaba Carlos XII.

Niño todavía, vió levantarse delante de sus ojos, tres reyes que deseaban arrancar de su cabeza la corona que habia heredado, y reparitirse, como glorioso botín, sus pobres pueblos. Con noble arranque, en lugar de aterrarse por esta triple alianza, se pone al frente de sus tropas, vence a sus enemigos y salva la libertad de la patria de tan terrible acometida. ¡Santa guerra! que lo es aquella en que se defiende la independencia de la patria contra todo agresor extranjero; sus victimas no sólo son héroes, sino mártires. Pero al terminar esta guerra era Carlos XII otro hombre; el león habia despertado; en él se desarrolló el instinto del combate, de la lucha, y desde aquel momento ya no pudo vivir si no en el campamento y entre el estruendo de las batallas.

No contento con vencer a sus enemigos, se lanzó sobre Europa poniendo y quitando reyes a su antojo, dominando pueblos é imponiendo el pesado yugo de su espada a todas las naciones, que se aterraban bajo su formidable empuje. Así siguió largos años; pero como todo tiene fin en este mundo, y especialmente la fortuna de los guerreros, fué vencido por Pedroel Grande de Rusia, nombre que llevaba por los inmensos bienes que habia proporcionado a sus pueblos. Proscrito en Turquía, Carlos XII, fué arrojado de ella como incoómodo huésped; vuelto a su patria, siguió otra vez su eterna manía, la guerra, hasta que una bala lanzada por una mano certera, dió fin por el crimen a la sangrienta carrera de este héroe de la fuerza.

¿Cuál fué el beneficio que hizo este asombro de la guerra a la civilizacion y al progreso? Ninguno. Los reyes que arrojó de sus tronos, volvieron a reinar; la pobre nación sueca quedó en completa postracion, siendo tal la despooblacion de este país, a la muerte de Carlos XII, que sólo quedaban mujeres, niños y ancianos, pues la juventud habia sido victima en los campos de batalla.

En frente de este guerrero se levanta un hombre ilustre bajo todos conceptos; este héroe del trabajo es Franklin, uno de los fundadores de la República de los Estados Unidos de América, y uno de los primeros sabios de su época. Nació pobre, como todos los héroes del trabajo; pero poco le debia importar la falta de riquezas, si Dios le habia concedido una inteligencia superior, un gran corazón y una actividad sin límites.

Hay que estudiar a Franklin bajo dos puntos de vista: como hombre científico y como político.

Para probar los inmensos bienes que con sus descubrimientos y trabajos científicos trajo a la sociedad, basta citar un sólo hecho: el para- rayos.

Como hombre público, fué tal vez mas que Washington, el fundador de la nacionalidad de los Estados Unidos.

Napoleon I.—Stephenson.

¡Ya llegamos al fin de tan larga carrera, al través de cinco siglos! Estamos en el xix. En éste, como en todos, pero mas terrible, se levanta un gran héroe de la guerra: Napoleon I. Todos sabéis de memoria sus batallas, sus

victorias, sus conquistas y los millones de hombres que sacrificó en su loca ambicion.

¿Qué fundó? Nada. Sus conquistas desaparecieron poco después que el aire disipó el humo de sus combates; sólo quedó el llanto que deramaban las madres que habian perdido a sus hijos; las huérfanas cuyos padres quedaron tendidos en el glorioso campo de batalla. Si algo hizo bueno fué siempre, no en interés de sus pueblos, sino porque favorecia a sus planes guerreros.

¿Cuan grande se levanta enfrente de él Jorge Stephenson? Una sola frase basta para calificarle: fué el inventor de los caminos de hierro.

Stephenson nació pobre; su primera ocupacion fué guardar vacas; después cuidó de una bomba en una mina; luego fué maquinista y, por último, ingeniero notable, inventor de la locomotora y constructor de numerosos caminos de hierro. Inútil es ponderar las ventajas que ha reportado a la humanidad este invento; por él se han acortado las distancias entre las naciones y ha hecho que se aproxime el día que todos los hombres lleguen a considerarse como hermanos, terminando para siempre ese azote de la humanidad que se llama guerra, y con ella los héroes de la espada.

¿Qué gran enseñanza se desprende de la obra del Sr. de Rebolledo! Todo cuanto han hecho los héroes de la guerra sólo ha proporcionado males a la sociedad; cuanto fundaron ó desapareció rápidamente ó muere hoy de debilidad y envilecimiento, no quedando de sus brillantes campañas mas que el recuerdo de la sangre vertida y el odio en el corazón de los vencidos. Por el contrario, los héroes del trabajo han hecho avanzar rápidamente el progreso moral y material del hombre, haciendo mas bien uno solo de estos que todos los otros juntos.

No terminaremos este trabajo sin dar la enhorabuena al señor de Rebolledo por su notable trabajo, no sólo por el pensamiento, sino por la realizacion científica y literaria.

E. DE ECHEGARAY.

El ideal.

La mayor sorpresa de mi vida fué aquella que me produjo la inesperada venida de mi amigo Rojas, orador famoso en su pueblo.

—¿Tú en Madrid?

—Vengo a realizar mi ideal.

—Eso me agrada, le dije; el hombre sin aspiraciones es una planta muerta...

Y nos separamos, después de mil protestas de cariño.

Un día me dijeron que Rojas estaba preso en la cárcel.

—¡Bravo! exclamé, sigue su camino por la senda del martirio. Llegará a la gloria.

—No, señor, me contestaron; por la senda del vicio. Y lleno de asombro, escuché una relación detallada, que me convenció de la sangüenta tristísima verdad. Rojas era un perdido en toda la extension de la palabra.

No lo hubieran Vds. creído a haberle visto entrar en mi habitacion, con aires de víctima propiciatoria.

Por un sentimiento de egoismo, quise evitarme el rubor de hablarle de su conducta pasada.

—¿Qué tienes? le dije.

—Nada.

(Y decía la verdad.)

—Y tú ideal? le pregunté después de algunos instantes de embarazoso silencio.

Una sonrisa amarga brotó de sus labios y poseído de súbita y santa indignacion, púsose en pie y dijo en tono declamatorio:

—¡Mi ideal! ¡El ideal!... No existe; no lo tenemos.

Por eso somos desgraciados y vivimos en la intranquilidad sorda de los mares agitados por encontradas corrientes.

¡Ay del alma sin creencia!

¡Ay del pueblo sin ideal!

(Si no lo tenemos!)

Pasado el espíritu batallador de los siglos de la Reconquista, no hemos sabido entrar en el combate moral de la edad moderna. Aún estamos esperando el nuevo Cid de los nuevos prodigios; apenas si damos señales de vida los que tan exuberante la tuvieron hasta el siglo xvii.

Perdimos aquel que nos llevó a la febril pero gloriosa conquista del Oriente, ambicionado por los grandes soñadores; aquel que condujo el lávaro santo de la patria por las ignominadas regiones del Nuevo Mundo.

Perdimos aquel ideal y no lo hemos sustituido con ninguno. Hé aquí la causa fatal de nuestra visible decadencia.

Hipócritas de un misticismo que somos incapaces de sentir; ora apegados a rancias preocupaciones y costumbres, ora desligados de ellas para lanzarnos al abismo de la impiedad mas grosera, ni tenemos confianza para emprender ninguna empresa, ni voluntad para realizarla.

Se nos habla de patria, nos encogemos de hombros; se nos dice que en Africa están nuestros futuros lauros, nos sonreímos con desaliento; se nos habla de Dios, ni tenemos fe para adorarle ni valor para discutirle.

Podremos vivir así mucho tiempo? Imposible.

¿Qué acontecimiento inesperado, qué voz poderosa, qué manifestacion del arte, la ciencia ó la política ha de deshelar la sangre en nuestras venas para lanzarse impetuosa a mover nuestro corazón; cosa es que no cabe en razor humana prever. Ello sucederá. Sucederá, si cuando la voz del entusiasmo general no sea apagada por la risa del desprecio y de la burla cuando haya una ambicion única que nos lance a todos por un camino a conquistar algo mas grande que el bienestar inmediato y el placer del día siguiente; cuando tengamos una bandera, sea cual fuere, que nos abra horizontes mas dilatados que estos en que nos movemos. Entonces renaceremos a la vida verdadera de los pueblos.

No basta que una porción de esta hermosa península sobresalga en industria, y otra en arte, otra en recuerdos tradicionales y otra en carácter, ingenio, moralidad, etc., etc... Es preciso que los eslabones se unan, que los trozos se junten y las aspiraciones se confundan en un solo lema, grande y trascendente, para que España sea la que debe ser, dentro de sus condiciones geográficas, de sus deberes sagrados y sus derechos históricos. Hasta que esto suceda, viviremos al día y a la zaga de todos los ambiciosos soñadores que traen recuello el mundo con sus inventos y delirios.

Deliremos, sí; pero hagamos algo. Ayudemos a los soñadores. Vivamos con un ideal.

¡Ay... pero no le tenemos! Calló Rojas, y yo permanecí mudo y asombrado. El rumor de sus palabras zumbaba en mis oídos con la vibración prolongada del martillo cayendo sobre el yunque.

Pasados algunos instantes de silencio, puso sus manos en mis hombros, miróme tristemente, y dando a su cara toda la expresión de filósofo desengañado, me dijo:

—Después de esto no extranarás que te pida inco duros.

—No, examé, volviendo a mi acuerdo; cómo he de extrañar que me pidas el precio de tu farsa? Y dándole el dinero que me pedía, añadió:—No vuelvas a acordarte de que existo en el mundo.

Rojas me miró con dignidad, y desapareció avergonzado... metiéndose los cinco duros en el bolsillo.

—¡Ah! grité viéndole partir; ¡vaya si tenemos ideal los españoles!...

Vivir sin trabajar.

Ese es nuestro ideal.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

El miraje.

De los fenómenos luminosos y ópticos que han llamado singularmente la atención de los hombres y que han sido explicados por la intervención de los espíritus angélicos o diabólicos, puede citarse el *miraje* o *espejismo*.

Este singular fenómeno, cuya causa no fué conocida hasta que el sabio Monje tuvo ocasión de observarlo en las ardientes llanuras del Egipto, consiste en una reproducción óptica de los objetos lejanos, unas veces sobre el mismo terreno que pisa el observador, otras en las altas regiones de la atmósfera.

Según las explicaciones dadas primero por Monje y confirmadas luego por las leyes generales de la refracción, necesitase para producirse este fenómeno, que las capas de aire próximas a la superficie de la tierra o del mar recalentado por la acción prolongada de los rayos solares, varíen rápidamente de densidad. En este caso, los rayos enviados por los objetos suficientemente lejanos, se encorvan al atravesar las capas de aire hasta llegar a una en que, reflejándose totalmente, van al ojo del observador, que de este modo ve dos imágenes: una directa y real de los objetos; otra invertida, como si encontrándose aquellos situados en las orillas de un lago transparente y tranquilo, envíasen su imagen a un observador colocado en la opuesta orilla.

Otras veces el espejismo es invertido y se ven dos imágenes directas; una real del objeto, otra virtual que aparece como situada en la azulada bóveda del cielo.

Las caravanas que atraviesan las ardientes llanuras del Egipto sufren a veces crueles engaños. En aquellas áridas regiones, sin lluvias ni montañas, abrasadas por los rayos de un sol canicular y azotadas por vientos cálidos, falta con frecuencia el agua que rápidamente se evapora y se escapa a través de las vasijas que las contienen. Los viajeros, sedientos y extenuados, aceleran su marcha para encontrar un oasis que les proporcione fresca sombra contra los rayos del sol, y agua que apague la sofocante sed que les ahoga. Horas después del medio día, cuando el sol declina con rapidez al Occidente, las guías anuncian la existencia de un lago que refleja las lejanas palmeras. La esperanza y la alegría reaniman a la cansada caravana; pero bien pronto se convierten en amarga realidad y profunda tristeza. La deseada orilla se aleja a medida que los viajeros se acercan a ella. El precioso líquido se mantiene constantemente a la misma distancia; nuevas palmeras y nuevos montículos de arena vienen a reflejarse sobre su tranquila superficie. Pero todos los esfuerzos hechos para alcanzarla son inútiles.

El sol trasponse el horizonte; desaparece el último rayo de su disco y con él desaparecen también el tranquilo lago y el engañoso panorama.

El fenómeno también se presenta con frecuencia en las costas del Egipto. En este caso, la superficie reflectante es la del mar, que en su horizonte retrata fielmente los buques que se hallan bajo él a cincuenta y mas leguas de distancia. Repentinamente se presenta a la vista del puerto el correo de la isla de Malta. Distinguese perfectamente su brumosa proa y el espumoso penacho que levanta su corta y ligera arboladura, las espirales de humo que arroja su chimenea, las indecisas y móviles siluetas de los pasajeros que pasean por la cubierta del alcazar, del capitán que desde el puente da sus órdenes, y de los marineros que suben y bajan por las tablas de jarcias. En el puerto, poco antes silencioso, se desarrolla febril actividad; se desamarran los botes; suenan las cadenas al correr sobre el hierro de los escobenes; despléganse las velas. Pero trascurre una y otra hora y el vapor no avanza, por mas que su marcha es indudable. Finalmente, desaparecen los masteles y las vergas altas; luego las vergas bajas y los palos; después desaparecen los pasajeros y la obra muerta. Momentos después ha desaparecido completamente el buque, como si un velo invisible hubiese ido cubriéndolo progresivamente de arriba a abajo. En el puerto téuese con fundamento que haya sido sepultado en el abismo; acuden presurosos al lugar del siniestro; pero no encuentran el menor vestigio de naufragio...

El correo de Malta llega al puerto de su destino tres días después de haberse presentado a la vista de él.

Algunas veces se observa retratado en el cie-

lo un panorama cualquiera; otras se presentan a la vista de los habitantes de las costas dos escuadras, exactamente iguales, navegando en el mismo orden, una por la superficie del mar, otra por el cielo.

A este fenómeno pueden también referirse las absurdas tradiciones de los marineros holandeses respecto al célebre barco fantasma, cuyo encuentro se reputaba por siniestro y de mal agüero. Sucedia a veces que el vigia señalaba barco a la vista navegando de vuelta en contrada. La prevenida tripulación ponase en expectativa del buque anunciado, que tenía una semejanza absoluta con el que montaban. Idéntica construcción; idéntica arboladura y aparejo igual. Los dos buques se aproximaban rápidamente. El capitán ordena orzar para evitar un choque; pero el buque contrario orza también; ordena cargar las mayores y cangrejas para moderar la marcha del buque, el contrario ejecuta una maniobra exactamente igual, mas no por eso el peligro se aleja; los buques se acercan con rapidez pasmosa; el capitán trata de poner su buque, en facha o virar por redondo; pero ya es tarde; el choque es inevitable. Ya el bauprés del uno cruza sobre las bordas del otro; sus proas se confunden; los costados se penetran... El supuesto buque desaparece repentinamente. Todo ha sido ilusión. El capitán y la tripulación respiran al fin. Pero al temor del peligro, ha sustituido el temor de la superstición. Se han encontrado con el buque fantasma. El naufragio es seguro; su pérdida inevitable. Sólo les resta encomendarse al santo de su devoción para que les libre de las asechanzas del enemigo común.

Por fortuna la ciencia y la civilización no han traído a las sociedades beneficios materiales solamente; los beneficios morales son quizá mayores, pues que, dando aquellas las leyes generales de los fenómenos cosmológicos y psicológicos, destierran para siempre las sombras de la superstición, del fanatismo y del error.

RAMON ESCANDON.

Las frutas.

I.

Albaricoques, brevas y cerezas: hé aquí las principales frutas que adornan en la actualidad nuestros mercados, juntamente con la fresa de que nos hemos ocupado ya en otra ocasión como la primera, que con su purpúreo manto y fragante aroma, abre el período de las frutas en primavera.

El albaricoque es el fruto del árbol de su mismo nombre que constituye la especie *Prunus armeniaca* de los botánicos modernos, y se halla comprendido entre las manzanas armeniacas de los antiguos. En nuestras provincias meridionales se conocen también con el nombre de *Damasco*, y algunos botánicos llamanlo *Prunus damascena*, y también con el de *Frutur prunellae*. Análogo en su forma al melocoton, pero mas pequeño que éste y de pulpa carnosa mas suave, mas ligera y azucarada, es un fruto inocente y agradable del cual surten a nuestras mesas las frondosas orillas del Tajo y del Jarama.

Su origen, como el de todos sus congéneres o frutos melocotoneros se refieren al durazno forestal, y cuentan antiguos autores y aun modernos viajeros, que todas estas especies eran venenosas en sus primitivas patrias la Persia y la Armenia, hasta que, trasplantadas al Egipto, Palestina y otros países y sometidas al cultivo, cambiaron sus primitivas cualidades por las excelentes y sabrosas que hoy tienen. Así lo canta Marcial en su epigrama 46 del libro 13 de Xenia.

Vilia maternis fueramus precoqua ramis:
Nunc in adoptivis Persica cara sumus.

La opinión, sin embargo, de este primitivo carácter venenoso no se halla bien demostrada; pero sí el de su acerbidad, y como tal, nociva calidad en sus originarias comarcas de la Persia, siendo indudable que el hombre ha mejorado notablemente las especies primitivas de todos estos frutos. En efecto, si comparamos el durazno con el melocoton vulgar, suculento gigante de la familia, aquellos antiguos consideraron como una especie artificial, según lo revela su nombre de *melo manzana*, y *colón membrillo*, con el generoso abridor, o con la pavia, reina de estos frutos, de tez blanca y rosada, y de corazón de carmin, de aroma delicado y de gusto ambrosíaco, podremos apreciar cuán grande es el ingenio humano y el poder del cultivo para cambiar y trasmutar lo desagradable en gustoso, lo árido en dulce, que a veces, no sólo iguala y contrasta, sino que supera a la misma naturaleza.

A pesar de sus agradables e inocentes cualidades, el albaricoque, ya sea el pintado toledano, el pálido y crecido de los jardines, o el ordinario de amarillo y rosado color, hay que usarlo siempre en cantidad moderada, porque rara vez nos lo ofrecen los fruteros de Madrid en estado de sazónada madurez, de modo que casi puede decirse que pocas veces comemos el *in adoptivis* de Marcial, sino el *vilia in maternis ramis*.

II.

Cuando Adán y Eva perdieron en el paraíso la pureza después de su pecado tuvieron vergüenza de su desnudez y se cubrieron, dice la *Biblia*, con hojas de higuera. Largos siglos desconocido el por qué de esta preferencia, los modernos botánicos han venido a explicarla demostrando que este árbol, tenido como uno de los que no dan flor, era muy abundante en ellas; pero que guardaba en el seno de sus frutos las funciones generatrices, constituyendo el símbolo del pudor. Porque el higo no es un fruto, es un sicomo, un conjunto de flores encerradas en una cubierta donde misteriosamente verificase la fecundación. ¿Conocerán, acaso, nuestros primeros padres este misterio botánico que solo la moderna ciencia ha logrado alcanzar, o sería una inspiración simbólica de la Providencia?

La higuera, como decían los gentiles, descubierta por Baco ó Ceres, ó ya nacida del seno de la tierra para cubrir y alimentar a su hijo, cantada de los poetas, primera vestidura del género humano, a cuya sombra Rómulo vio correr sus primeros días; tan minada en Atenas como cuidada en Roma, donde iba su destino unido al de la patria; es uno de los vegetales mas útiles al hombre. Hacíanse de su madera escudos y traicioneras rodajas que retenían la espada del contrario; su carbon y sus cenizas usábase en la industria para varios usos, y su savia lechosa urenta y corrosiva utilizase mucho en medicina, especialmente para curar las escrescencias del tejido dermoideo, y esta misma savia sirve de tinta simpática, con la que se escriben ocultos caracteres para la vista que sólo el fuego delata.

La higuera es un árbol por demás generoso; crece entre los muros derruidos, entre las piedras, aprovechando el terreno inútil, y aunque con tan poco se contenta, prodiga con el hombre, le dá anualmente dos cosechas de su fruto, una por San Juan, la otra al fin del verano.

Los frutos de la primera son gruesos, verdes, violados o negros, y acaso los mas almidarados y nutritivos de los conocidos, pero duran poco, por eso se llaman brevas de *Brevior*, breve, fugaz; dulces imágenes de la pasajera felicidad de nuestra vida.

Las brevas son un excelente fruto demulcente pectoral, se digiere con gran facilidad, y comido por la mañana estando fresco es un buen alimento. Pero si aun no se ha verificado la conversión de las sustancias acerbadas en azúcar, si el fruto no cede a la presión, y al abrirse no están sus semillas impregnadas de una sustancia mielosa, si tiene el pezón duro, y su sabor es insípido, poco dulce o acre, debe proscribirse; por que está verde, y en este estado es cuando fácilmente produce escoriaciones y hasta ulceraciones de la boca, y da lugar a irritaciones intestinales y a violentos cólicos.

También cuando ha pasado la época de su madurez, cuando las brevas desprenden su cutícula, externa y su cubierta se pone como la sustancia del melon envinado, semi-rasantes y como gelatinosas, tampoco deben usarse porque están *aridas*, fermentadas, porque su azúcar en su desdoblamiento ha producido varios ácidos y alcoholes, que perturban las saludables cualidades higiénicas del fruto, y convertidos en un agente irritante en su modo de obrar producen disenterias y varias afecciones febriles.

El segundo fruto de la higuera es en general mas pequeño que la breva, muy dulce, pegajoso y dura adherido al árbol hasta la primavera, y es el que generalmente se guarda y conserva *paseo*. Muchos pueblos hay que no tienen otra base de alimentación que estos frutos, lo que demuestra que de ellos puede usarse en bastante cantidad, sin perjuicio para la salud, antes por el contrario, engordan mucho, y aunque algunos autores, entre ellos el sabio médico Andrés Laguna, dicen que abusando de ellos son dañosos, cita, sin embargo, algunos casos para probar que aun comidos en exceso no son estos los frutos que peor se digieren, y si, por el contrario, uno de los menos dañosos. Y cuenta con su natural donaire a este propósito que viniendo él de Kuan a Nipana en una nave portuguesa, cuando estaban desesperados de salvación en una furiosa tormenta que les sobrevino; un portugués le hizo levantar muy aprisa de un cofre donde él estaba tendido meditando sobre la inmortalidad del alma, y abriendo el tal cofre, dice, cuando pensé que iba a sacar unas oras o cuentas de devoción, sacó un talego de higos negros excelentes del Algarve, que tenía una gran cantidad, y muy despacio se los comió, diciendo que ya que iba a morir fuese harlo, y pues tanto le habían costado no era justo que los *gozasen* los peces, el cual portugués pasado el peligro estuvo a punto de tirarse al mar de sentimiento por haberse comido tan presto su hacienda, siendo esta la única consecuencia desagradable de su glotonería.

III.

El cerezo no se vió en Europa hasta que Lúcio Lucullo lo trajo a Italia desde Cerasia, ciudad del Ponto, de donde tomó su nombre. Dividian los antiguos el fruto de este género en tres especies: uno dulce, que es la cereza, roja y azorazonada, y carnosa; otro llamado *quatero*, violentamente acerbado, y otro árido, que es la guinda, mas trasparente, acuosos y ácido que los demás. A todos atribuyen los autores grandes virtudes medicinales, especialmente la de refrigerar y ser antiespasmódicas, y preconizaban también contra las convulsiones, fiebres e ictericia, y sus semillas (huesos), bajo diversos preparados, se empleaban para purgar y espigar las arenas de los riñones. Es indudable que estos frutos acuosos-ácidos y algo cáusticos templan y apagan la sed, y su influencia contrastante puede ser muy útil en las fiebres ardientes. Del mismo género, y bajo este concepto, el *cerasus laurocerasus*, laurel cerezo, es muy usado como excelente sedante del sistema circulatorio.

Consideradas como alimento, las cerezas y las guindas son refrigerantes, y estando maduras, una fruta bastante agradable; pero siempre mucho mas a propósito para servir en conservas y confituras, en preparados sacarinos, que para usarlos ordinariamente como alimento. Con las almendras de estos frutos fabricase el novó, y con el fruto varios licores muy gratos para el paladar, como el *macrasquino* y el *kirschen-wasser*. Las guindas han dado celebridad a Oporto, y Madrid hubo de tener también su renombrada guindalera en la barriada que lleva este nombre.

IV.

Es opinión muy extendida que el uso de las frutas ocasiona una múltiple variedad de enfermedades, pero ya he demostrado varias veces la falsedad de esta idea; si las frutas dañan es porque se comen fuera del estado de madurez, verdes, pasadas o descompuestas. Las frutas de la estación deben usarse, porque la naturaleza siempre nos ofrece aquello que conviene dentro de las condiciones climatológicas con que nos rodea.

En Madrid véndense las frutas verdes, maduras artificialmente, y hasta completamente pasadas y descompuestas, viéndose muchas veces con inaudito descaño vender a los niños y personas que disponen de cortos haberes, frutas totalmente podridas que no pueden por menos de llevar a las familias el germen de las enfermedades, y perturbar la salud de aquellos que las usan para su alimento. En esto como en tantos otros puntos, se puede observar la incuria higiénica del municipio respecto de lo que se refiere a la salud pública y al estado de las sustancias alimenticias, y nótese la falta de una organización sanitaria en la villa, sobre que no dejaremos nunca de insistir aun cuando nuestra voz se pierda en el vacío.

J. PARADA Y SANTIN.

París.

Semana digna de Gargantua la que acaba de transcurrir... De qué manera tan monstruosa París ha devorado asuntos en estos siete días! La fiesta de la Opera, el gran premio de Longchamps, la sesión Cassagnac, la muerte del príncipe de Orange, la cuestión Merelli, ¡ah! sobre todo la cuestión Merelli! Es el plato del día, como muy acertadamente dice ayer un periódico muy entendido en asuntos culinarios.

Es el caso, que en el square de Artes y Oficios, junto al boulevard Sebastopol, existe un teatro llamado de la *Gaité*, que es uno de los mas desahogados y menos incómodos de París. Aquella sala tiene una brillante historia: todas las grandes obras de espectáculo han pasado por allí, desde *El hijo de la noche* hasta *Orfeo en los infiernos*. Pero por una causa inexplicable, el público en estos últimos tiempos ha brillado por su ausencia en el teatro de la *Gaité*. Un empresario, Mr. Merelli, toma el teatro por su cuenta, lo bautiza con el nombre de *Opera popular*, contrata a la Patti y a Nicolini, lo anuncia en todas las columnas de publicidad de París, y el público se atropella a la puerta de la contaduría de aquel coliseo hasta hoy tan abandonado; los abonados llueven a centenares; en verdad que el programa de la temporada no puede ser mas sabroso: especialmente *Fausto* y *Romeo y Julieta*.

¿Quién ha olvidado en París la causa de separación de cuerpo y bienes entre el marqués de Caux y Adelina Patti, publicada *inextenso* en todos los periódicos franceses? Nadie puede negar que Mr. Merelli es un hombre de ingenio. Después del ruido que produjo el célebre proceso, el negocio de presentar juntos sobre la escena al público de París a la Patti y a Nicolini, no podía menos de producir resultados exhorbitantes.

Pero cuando el abono marchaba en todo su apogeo, aparece en el *Gaulois* un artículo titulado *¿Cantará madama Patti?* Hé aquí la síntesis del artículo en cuestión: «Madama Patti no podrá cantar, y menos aún en compañía de Nicolini: la justicia no puede consentir la presencia de Mad. Patti al lado de un artista que notoriamente es su amante.» El artículo estaba firmado con este pseudónimo: *Bixiou*. Hechas después algunas averiguaciones, éste *Bixiou* resulta ser el mismo marqués de Caux.

Mr. Merelli no es de esos que se ahogan en la orilla. Al día siguiente de la publicación del artículo, ni un nuevo abonado acude al teatro

de la *Gaité*; cuantos llegan a la contaduría van a reclamar la devolución de su dinero. Entonces Mr. Merelli acude al *arma negra*: echa mano de la curia; expide un curial al director del *Gaulois* en demanda de 200.000 francos de daños y perjuicios, y otro curial al marqués de Caux notificándole que protesta contra su artículo, y que la Patti cantará como lo tiene anunciado.

Tal es el estado de la cuestión, amenizada por los periódicos con los mas deliciosos detalles.

Pero hay uno que no puedo olvidar: de los autos dados a luz, resulta que la morada del marqués de Caux es el *Círculo de recreo* de los Campos Eliseos.

¡Singular marqués! ¡Todo en él es recreativo! ¡Todo alrededor suyo es diversion, todo ruido, toda publicidad! De la redacción al teatro... del teatro al palacio de Justicia... del palacio de Justicia al Círculo... ¡Oh, singular marqués!

Con motivo de la muerte del príncipe de Orange, dice un periódico de hoy: «el nihilismo ha experimentado una gran pérdida.»

Yo le he conocido justamente pocos días antes de morir: me acuerdo haberle oído exclamar:

—¡Maldita la gana que tengo de ir a la fiesta de la Opera!... Pero es capricho de mujer y hay que obedecerlo.

A la salida de dicha fiesta le cogió una pulmonía que ha acabado rápidamente con su existencia.

Una mujer, pues, lo ha matado... ¡Pérdida como la onda!

El príncipe tenía treinta y nueve años; era de alta estatura y no dejaba de ser simpático; era su fisonomía una de las mas conocidas de París.

Imposible para él recorrer el boulevard sin ser saludado o detenido cada dos minutos: los periodistas, las atrices, y hasta las *bouquetières* considerábanle como a un camarada.

Su desesperación mas grande era el oírse llamar *monseñor*. Al escuchar esta palabra decía contrariado:

—¡Oh! ¡He venido a París huyendo de oír eso!

No tenía ninguna afición a guiar el carro del Estado; agradábele mas guiar un tilburí en el Bosque de Bolonia.

Su gran tormento era la idea de que un día podría ser llamado a ocupar el trono de Holanda, de que era heredero. La escasez de recursos, en medio de la cual ha vivido estos últimos tiempos, producíale grandes melancolías.

Tuvo la desgracia de llegar a París cuando la corte de Saint-Cloud se hallaba en el apogeo de su corrupción, en aquella corte, para no hacer una figura desairada, era preciso jugar; Enrique-Guillermo jugó y acabó por arruinarse. Los recursos que su padre le enviaba eran limitados e insuficientes para mantener el rango en que le colocaba su posición. La necesidad de aumentarlos le hizo aventurarse en varias especulaciones financieras e industriales.

Cierta noche, al terminar un banquete a que el príncipe asistía, sacó éste de su bolsillo treinta o cuarenta prospectos, y dijo, reparándolos entre los concurrentes:

—He tomado diez mil botellas de *champagne* y espero que Vds. me ayuden a colocarlas. Es de lo mas superior y son relativamente baratas. Me contento con ganar treinta mil francos.

Enrique-Guillermo era generoso, especialmente con las mujeres: a Susana Lowendal no la abandonó nunca, ni aun en sus dias mas desastrosos. Un día Susana llegó muy apurada a casa del príncipe: el casero la despedía, la modista la apremiaba; hacíanle falta, por lo menos, mil francos para salir de apuros. Enrique-Guillermo lloró a su fiel criado, en cuyos brazos ha muerto, y le dijo:

—Da mil francos a esta señorita.

—¡Mil francos! murmuró el criado, dirigiéndolo a su amo una mirada de inteligencia.

—Qué, ¿no los tienes? le interrogó el príncipe.

—Tengo mil quinientos... pero mañana vendrán cuentas urgentes del cochera y del sastre...

—¡Ah! entonces dale a esta señorita los mil quinientos.

Sobre su losa podría escribirse este epitafio:

No hizo daño a nadie.

Blanqui llegó, al fin, a París. El ex-prisionero de Clairvaux es una ruina; sus piernas flojean; aliméntase sólo de leche caliente y vino.

Con él se va la era de los conciliábulos tenebrosos.

Apenas Blanqui llegó a París, dijo un periódico *boulevardier*:

«Blanqui ha sido preso al desembarcar en la estación del Este.»

La noticia era una broma. Algunos, sin embargo, la creían. Salir de una prisión para entrar en otra, ha sido siempre la vida de Blanqui.

Con él llegan los últimos *indultados*. Me da tristeza de pronunciar este nombre. Sidos días antes hubiera recaído sobre ellos la gracia que les devuelve a sus hogares, no se llamarían *indultados*, sino *amnestiados*, y gozarían de todos los derechos.

Recuerda un diario con este motivo las diversas profesiones de los principales individuos de la *Commune*. En la estadística dada a luz por dicho periódico, hay muchos médicos y pintores, no pocos hombres de letras, algunos propietarios... y hasta varios filósofos. Pero hay una clase que envió a la *Commune* un solo representante: los rentistas.

—¡Un rentista! exclama el periódico en cuestión. ¡Aún nos parece mucho!

Lo que es si en España hubiese habido un *Commune*, menudo batallón de rentistas se hubiera echado a la calle!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

París 13 de junio de 1879.

Imp. de EL LIBERAL, a cargo de L. Polo, Almadena, 2